

NOS EL OBISPO DE OVIEDO

AL CLERO Y FIELES DE NUESTRA DIÓCESIS, SALUD Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.



I



UEVAMENTE, amados hijos nuestros, hemos tenido el consuelo de postrarnos ante el sepulcro de los Príncipes de los Apóstoles, para pedir á Dios por su mediación de la salud eterna de las almas confiadas á nuestro cargo pastoral. Una vez más hemos presentado el homenaje de nuestra fe y de nuestro amor y de la fe y del amor de nuestros diocesanos al Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo sobre la tierra; y por segunda vez se ofreció á nuestra vista el consolador espectáculo que trescientos peregrinos de nuestra Diócesis, entre diez y ocho mil que formaron la Peregrinación nacional, presentaron al mundo entero, por su fe, su piedad, su resignación cristiana, y la modestia características de sus actos todos. Apenas habían nuestros peregrinos arribado á la ciudad Eterna, la misma noche de su desembarque, recibíamos noticias de la impresión que su porte había producido en el pueblo romano; noticias que llenaron de consuelo, y hasta de le-

gítimo orgullo, á vuestro indigno Obispo. Y no habéis desmentido, amados hijos nuestros, durante los días de vuestra permanencia en Roma, esas primeras impresiones, sino que las habéis confirmado con vuestros reiterados actos de piedad, y las habéis sublimado, sellándolas con una resignación, que excede á todo encarecimiento, en los días de terrible prueba, con que plugo á Dios acrisolar vuestra virtud, y hacer más meritorio el acto cristiano realizado en vuestro viaje á Roma. Alejado Nos de la ciudad episcopal, en cumplimiento de otros deberes, no hemos podido asociarnos corporalmente, á la grandiosa manifestación que las autoridades y el clero y pueblo de Oviedo, guiados por los nobilísimos impulsos de su corazón, os hicieron á vuestro feliz regreso; pero Dios sabe que ni un momento os hemos olvidado, repitiendo diariamente la bendición de la despedida: *ut, te duce, quo tendimus, prospere perveniamus, et demum incolumes ad propria redeamus*; para que felizmente llegareis al término de vuestro viaje, y regresáseis salvos al seno de vuestra familia: y por tan singular beneficio hemos dado, y damos á Dios las más humildes gracias. Pasada la ansiedad de los primeros días de mortal incertidumbre y vencidos los peligros que amenazaron convertir en holocausto un acto de mortificación y penitencia, os felicitamos, amados hijos. nuestros, porque Dios aceptó la grandeza de vuestro sacrificio, y os conceptuó dignos de padecer por el nombre de Jesucristo. No olvidéis en adelante que sois de Dios, á quien de nuevo habéis consagrado vuestra vida.

II



EL espectáculo grande, amados hijos nuestros, que ofreció á la mirada conmovida del Romano Pontífice la España católica con sus lejanas colonias, despréndense lecciones de trascendencia suma que deben influir en nuestros futuros destinos. Por de pronto la demostración de los católicos españoles fué la más imponente de cuantas tuvieron lugar durante el Jubileo episcopal de Su Santidad, y la que, al parecer, se llevó la primacía, en expresión del mismo Romano Pontífice. En medio de la decadencia y de la ruina á que nos han arrastrado las conmociones políticas y sociales, y del detrimento que han causado á nuestra grandeza nacional, aún hay algo que nos pone á la cabeza de todos los pueblos: la historia gloriosa de nuestra patria, monumento imperecedero de la fe católica, conservado al través de aquellas tristes vicisitudes, y siempre dispuesto á producir nuevos frutos.

Por eso nos exhorta el Padre Santo á volver, sin reservas, á los principios que la religión enseña y á las prácticas que prescribe, para dotar á nuestra patria del poder y del prestigio de mejores tiempos; por eso nos impone la necesidad de dar tregua á las pasiones políticas que nos desconciertan y dividen; á obrar enteramente acordes, guiados por el Episcopado, para promover por todos los medios que las leyes y la equidad permitan los intereses de la religión y de la patria, y para resistir compactos á los ataques de los impíos y de los enemigos de la sociedad civil. Debe hacerse tan anhelada unión en el solo campo religioso, sin reservas, advierte el Pa-

dre Santo, y dejando á la providencia de Dios la dirección de los destinos de la patria, que acaso ocupan en nuestro corazón el lugar primario, debido de justicia á intereses más altos, en la seguridad de que si así obramos, nos dará el Señor resueltos aquellos destinos, como premio de nuestra obediencia y fidelidad.

Medio eficaz para realizar esos fines es el deber de sujetarnos respetuosamente á los poderes constituidos, á cuya cabeza se encuentra en nuestra noble nación una reina ilustre, cuya piedad y devoción á la Iglesia podemos todos admirar, y á quien el Vicario de Jesucristo da público testimonio de su afecto paternal. Hace cuatro meses, amados hijos nuestros, que en una instrucción pastoral, que titulamos *La Voz del Papa*, porque creíamos transmitir en ella las enseñanzas de la Iglesia y de su Cabeza visible, os hemos explicado é inculcado ese mismo deber. El Romano Pontífice, en su memorable alocución á la Peregrinación nacional española, derrama nueva luz sobre las doctrinas por nos expuestas, las confirma y las sanciona, dirime toda controversia, y deja fuera de duda la aplicación á nuestra patria de enseñanzas anteriores, emanadas de la Santa Sede, que nos creíamos, y con más razón creemos hoy, obligatorias, por su carácter general, y por su procedencia del infalible magisterio de la Iglesia.

Por tan señalado beneficio damos á Dios humildes gracias, y como estamos dispuestos á reformar nuestros juicios, si en algo inconscientemente interpretáramos impropriamente las enseñanzas de la Iglesia y de su Cabeza Visible, así esperamos que nuestros hijos todos, clérigos ó laicos, acepten respetuosa, clara y públicamente las declaraciones del Romano Pontífice, y cumplan, sin ambages ni tergiversaciones los deberes que esas declaraciones imponen.

Más que á otros incumbe ese deber á cuantos con sus escritos, enseñanzas ó conversaciones han contribuido á la confusión de ideas que el Papa repetidas veces lamenta; á cuantos dividen los ánimos y fomentan la discordia,

atribuyendo los males que nos aquejan á causas secundarias y acaso indiferentes, en vez de remontarse á la causa verdadera, que es la eliminación de los principios que la religión enseña y de las prácticas que prescribe.

Si hasta hoy, con más astucia que ciencia, y acaso con relativa buena fe, ha podido cohonestarse esa conducta, de hoy en adelante es de absoluta necesidad que se pongan al lado del Papa y del Episcopado Católico, de una manera clara y terminante, cuantos hacen profesión de hijos sumisos de la Iglesia.

Sabemos por la fe, y la observación á diario lo confirma, que la verdad sola, aunque convenza al entendimiento no siempre mueve la voluntad, ni tiene eficacia para convertir el corazón. Por eso os exhortamos á todos, amados hijos nuestros, á que al estudio de los problemas que hoy nos conmueven, y á la lectura de los documentos que emanan de la enseñanza infalible de la Iglesia, añadais la oración, pidiendo al Señor con humildad y perseverancia los auxilios de la gracia, sin los cuales jamás triunfaréis de la obstinación de vuestro propio juicio, ni os convertiréis de veras á Dios. Si así lo hacéis, Dios que resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia, os revelará, como á cuantos se hacen pequeños en su presencia, los tesoros de su sabiduría y de su amor.

Sea prenda de estos dones celestiales la bendición episcopal, y la bendición apostólica, que con autoridad del Sumo Pontífice, os damos á todos, en el nombre † del Padre, † y del Hijo, † y del Espíritu Santo. Amen.

De nuestro Palacio episcopal de Oviedo, á 24 de Mayo de 1894, festividad del *Corpus Christi*.

† FR. RAMÓN, *Obispo de Oviedo*

Esta instrucción se leerá en la Catedral é Iglesias de nuestra jurisdicción en la misa mayor del primer domingo, despues de ser recibida.

